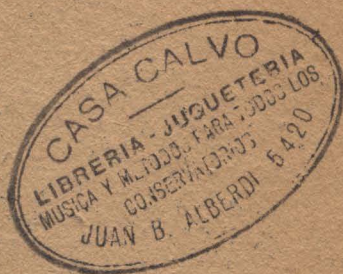


El niño raptado





00163243



elborta



E D I T O R I A L T O R

Soc. de Resp. Lda. - Capital \$ 2.000.000

Río de Janeiro 760

— Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Centicienta
- 42 Aventuras del rey Bedar
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábula de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododas
- 57 La amigueta de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constanza
- 61 Nicolás y Nicolásin
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirena
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feliz
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos rubeflores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



EL NIÑO RAPTADO

I

Esposa y madre



ACE muchos años vivía en su magnífico castillo el conde Federico de Eichenfels. Su virtuosa esposa, la condesa Adelaida, dió a luz un precioso niño llamado Enrique. Este acontecimiento contribuyó a aumentar el amor que se profesaban los amantes y fieles esposos.

El niño constituía el único objeto de ternura del feliz matrimonio; sobre todo del conde, que había pensado siempre en un hijo que heredara su apellido. Sin embargo, un día tuvo la desdicha de separarse de su pequeñuelo. La guerra entre Francia y España, le obligó a ingresar en el ejército al lado de su rey.

La condesa Adelaida, entristecida por la ausencia de su marido, no descuidaba, empero, las obligaciones maternas y se consagraba con amoroso celo al cuidado de su hijito. Era su único entretenimiento en el enorme castillo.

Un día, mientras la condesa y la niñera Margarita se esforzaban en hacerle balbucear algunas palabras al niño, interrumpió bruscamente la dulce escena, la entrada de Felipe, criado de confianza del conde. Llegaba con el urgente encargo de comunicar a la señora que el conde Federico en encuentro con las tropas españolas, había sido herido gravemente, y deseaba ver a la condesa.

Esta, al oír tal noticia, sufrió un desmayo, y dejó resbalar al niño de su regazo, a quien apenas tuvo Margarita tiempo de tomarlo.

Luego de recibir los solícitos cuidados de su servidumbre y de volver en sí, la señora resolvió emprender viaje inmediatamente, a pesar de que una voz interior le aconsejaba que debía permanecer al lado de su niño.

Antes de partir, dijo a Margarita:

—Deposito en tus manos a mi hijo. No debo exponerlo a las penalidades de un largo viaje. Sé que lo quieres y que eres leal conmigo. No te separes ni un minuto de su lado. La custodia de un niño es algo digno de los ángeles del cielo.

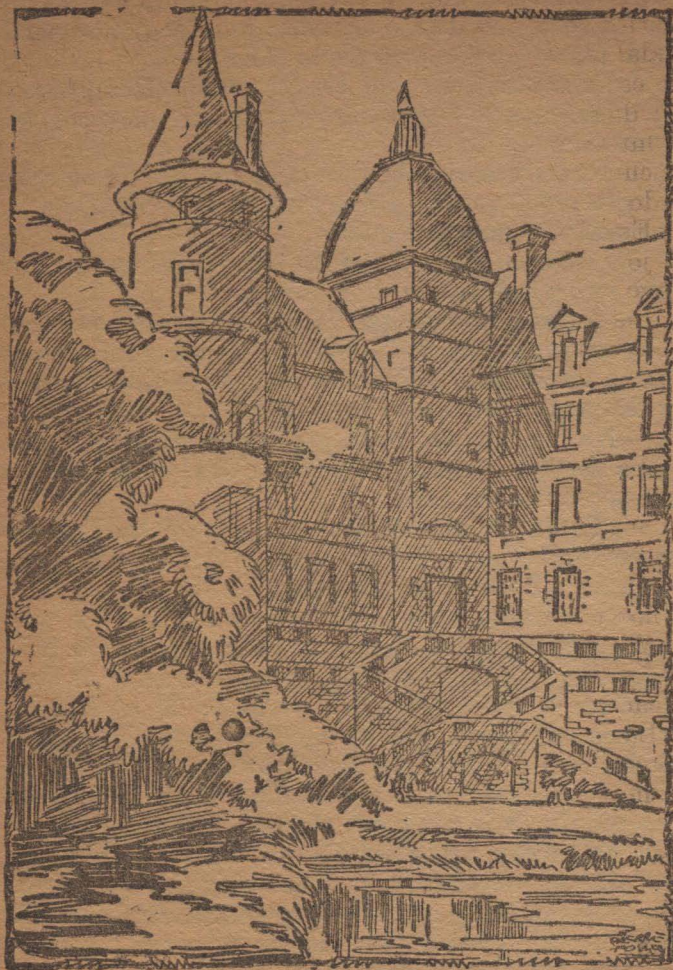
Margarita sollozaba mientras su ama le hablaba, y luego le prometió cumplir fielmente sus indicaciones.

La condesa depositó al niño en la cuna, lo besó con efusión, y subió al carruaje, que partió velozmente.

II

Funesta desobediencia

Margarita, niñera del pequeño conde Enrique, era hija de humildes labriegos. Huérfana desde chica, los condes la tomaron a su servicio. Marga-



Vivía en un magnífico castillo.

rita tenía bondadoso corazón y demostraba siempre acendrado afecto al niño, motivo por el cual sus amos la eligieron para niñera.

Una mañana en que Margarita estaba junto a la cuna en que dormía el niño, sintió música y al gazara.

Margarita movía la cabeza al compás de aquella alegre música, pero miró al niño que dormía dulcemente, y quedóse quieta.

De pronto, Jorge, el hijo del jardinero, irrumpió en la habitación y la invitó:

—¡Animo, Margarita! Ven a bailar con nosotros. Nos divertiremos de lo lindo. Son cinco músicos y tocan excelentes bailes. No estarán mucho tiempo y debemos aprovechar esta ocasión.

—No iré, Jorge. Debo cuidar al niño, y la señora me ha recomendado repetidas veces que no me separe de su lado.

—¡Tonta! Si el niño duerme, ¿qué falta hace tu presencia? Ven a bailar, tonta. Diez minutos, nada más. ¿Piensas desairarme?

La muchacha, ante tanta insistencia, tuvo la mala idea de seguir a Jorge hasta la sala donde bailaban; pero, a decir verdad, preocupada por su desobediencia, no consiguió divertirse. Al contrario, permanecía triste. En un momento creyó percibir ruidos que partían del aposento donde dormía el niño. Quiso huir, pero los demás criados le dijeron que soñaba, y le atajaron el paso. Forcejó Margarita hasta conseguir su objeto. Corrió a la pieza del niño y, ¡oh, dolor!, el niño había desaparecido. No daba crédito a sus ojos, pero era la realidad. El susto de la niñera convirtiéndose en terror al comprobar que todos sus esfuerzos para encontrar a Enriquito, resultaron inútiles.



*Se consagraba con
celos a su cuidado.*

Pidió socorro y acudieron en tropel todos los criados. Margarita se debatía presa del mayor terror.

Los músicos, al quedar solos, aprovecharon la oportunidad para escapar.

La más honda tristeza se apoderó de todos.

—¡Pobre condesa! —decían—. Morirá de dolor cuando lo sepa.

La niñera parecía loca.

—¡Yo me resistía a las súplicas de Jorge, pero él insistía! —gritaba—. ¡Oh Jorge, tú me llevaste a bailar! ¡Tú tienes la culpa!

III

Aflicción de madre

Los criados, convencidos de la terrible verdad, reuniéronse en el cuarto del niño, a fin de tomar alguna resolución. Margarita, de rodillas, lloraba amargamente.

De pronto, abrióse la puerta y apareció la condesa.

Esta, una vez que su esposo mejoró después de sufrir una seria operación, decidió regresar a su castillo de Eichenfels. En cuanto descendió del carruaje, corrió a la habitación de su hijo y quedóse paralizada por la sorpresa, al ver la cuna vacía y los criados allí reunidos, quienes se asombraron más aún por la inesperada presencia de su ama.

La condesa preguntó:

—¿Qué sucede, Dios mío?

Cuando le enteraron del rapto de su hijito, cayó al suelo sin sentido. Vuelta en sí, aproximóse a la cuna vacía e imploró:

—¡Dios mío, protégelo! ¡Tú no lo abandonarás!

Y siguió implorando al Altísimo.

Margarita arrojóse a los pies de la condesa y le pidió perdón por su delito.

La condesa compadecióse de aquel dolor sincero y le respondió:

—Dios es bondadoso y sabrá consolarnos.

Los guardias y criados regresaron sin haber hallado el menor rastro del niño. Sólo dedujeron que los raptos podían haberse internado en el bosque de las Ardenas, que ofrecía refugio impenetrable a los bandidos.

*Depositó al niño en la
cuna.*



Margarita, entretanto, consumida de dolor, abandonó un día furtivamente el castillo, y nadie supo nada más de ella.

IV

Los bandidos en su guarida

Enriquito, en efecto, había sido raptado por los bandidos.

Estos habían tomado por guarida una vieja caverna situada en una mina de plomo abandonada.

Esta caverna quedaba a muchas leguas del castillo de Eichenfels, y en el límite del bosque de las Ardenas. Aquella caverna era el cuartel general

de los bandoleros. Habían reunido en ella muchas riquezas de la más heterogénea condición.

El capitán de los bandoleros encargó el rapto del chico a la gitana Gruli, vieja perversa y astuta, madre de uno de los ladrones, y cocinera de la pandilla.

La gitana conocía perfectamente los dominios de Eichenfels, y, sabedora que los condes estaban ausentes y que sólo el condesito, de unos dos años de edad, había quedado en el castillo, entró en el aposento de Enrique, se apoderó de él, y robó cuanto objeto pudo.

El pobre niño lloraba de miedo, pero su raptora muy poco caso le hacía, hasta que, tras no poco trajín, llegó la vieja a la antigua mina de plomo convertida en cuartel general de los ladrones.

El capitán, que era barbudo y de aspecto feroz, salió a su encuentro, tomó al niño de la mano y lo presentó a sus secuaces, que le recibieron con alegría, sabiendo la ganancia que les reportaría tal rehén.

La vieja Gruli cuidaba al niño como mejor podía, temerosa que enfermara y muriera, con lo que desbarataría el plan de los bandoleros. Lo alimentaba con la grosera comida de que disponía, le traía agua, que rara vez había en la cueva, y de noche lo acostaba sobre un montón de paja.

Así pasaron cuatro años, hasta que un día el hijo de la gitana trajo a Ricardo, joven de buena familia, a quien los bandidos habían convertido en truhán.

Ricardo era amigo de Enriquito, cuya fisonomía y noble aspecto le captaron su simpatía. Pasaban ambos largos momentos conversando. Cierta vez, dijo Enrique a Ricardo:

Sintió música



—¿Ves este medallón que llevo al cuello?

Ricardo lo contempló. Era una fina joya que contenía el retrato de la condesa Adelaida.

—¡Qué hermosa mujer! —exclamó Ricardo.

—Es el retrato de mi madre, según me dijo Grulí.

Esta confesión sirvió a Ricardo para cerciorarse de sus sospechas: de que el niño era guardado como inapreciable rehén: y se condeñó de la suerte de su amiguito.

Ricardo le traía siempre de sus excursiones variados objetos con que entretenerse: corderos, ca-

ballitos y perros de madera. Un día le trajo una flautita de madera y le enseñó a tocarla. Otro día pretendió enseñarle a leer, pero sus compañeros no se lo permitieron, prohibiéndole también los malvados que le hablase de Dios.

A la vez, Ricardo distraía y ocupaba a Enrique en otros menesteres. Le traía flores artificiales y enseñábale a imitarlas, recortando y pintando papel. Le enseñó algo de dibujo. Procuraba instruirlo contándole hechos históricos, y le hablaba de la madre cuyo retrato llevaba en el medallón, pero la desdichada criatura, como había visto tan pocas cosas, raras veces comprendía a Ricardo.

V

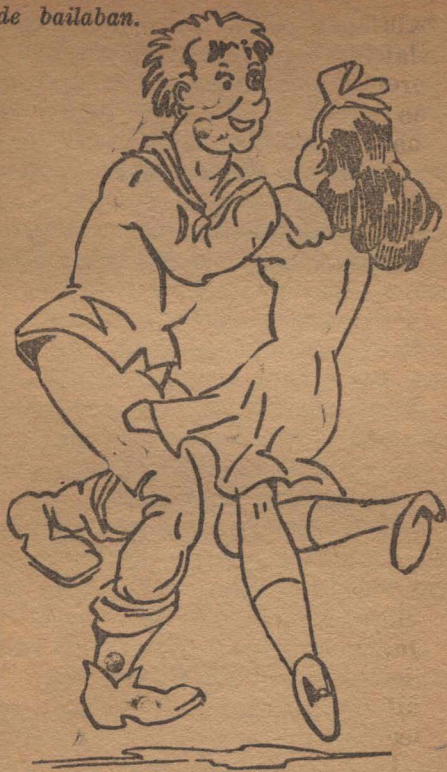
La fuga del condesito

Enrique, a pesar de sus escasos ocho años y de la vida de encierro que llevaba, era de notable inteligencia, muy vivaz, y, sobre todo, muy curioso. Quería saber dónde iban los ladrones en sus expediciones nocturnas, y pedía al capitán que le permitiera marchar con ellos, pero éste siempre se negaba.

La gitana Grulí sentíase envejecer; el temor del infierno empezaba a aterrarla, y, descuidando la vigilancia del niño, permanecía horas enteras sumida en tristes reflexiones hasta quedarse dormida.

El condesito aprovechó una vez esta oportunidad. Mientras la vieja roncaba, escapó sigilosamente, internóse por oscuros pasadizos y galerías, y tras no pocos sobresaltos e indecisiones, llegó por fin a una pequeña abertura, en la que, al le-

Le siguió a donde bailaban.



vantar la mirada, extasióse ante el panorama que miraban sus ojos. El pobre niño, acostumbrado a las tinieblas y sólo la luz de la lámpara de la caverna, quedó deslumbrado ante la intensa claridad del día.

Era el principio del verano. El paisaje era espléndido. El ambiente estaba embalsamado de delicioso perfume. Los pájaros saltaban de rama en

rama lanzando al viento sus armoniosos trinos.

El condesito estaba perplejo. Y se decía:

—¡Oh, qué divino es todo esto! Pero, ¿dónde me encuentro?

De pronto descubrió al pie de unos rosales, un corderito que dormía apaciblemente.

—¡Un cordero! —exclamó—. ¡Pero es mucho más grande que los que me regalaba Ricardo!

Dirigióse hacia el animal, y Enrique sorprendióse al verlo caminar, y balar.

—¡Camina y habla! —exclamó.

Volvió la vista y distinguió a un pastorcito que lo contemplaba con la boca abierta.

El pastorcito tenía aire amable y amistoso. Sus cabellos, como los de Enrique, eran rubios.

El cordero corrió hacia su cuidador, y el niño le preguntó al pastorcito:

—Esta caverna tan grande, ¿es tuya? ¿Tú eres el capitán? ¿Quieres que me quede contigo y juegue con tu cordero que camina y que habla?

El pastorcito, más asombrado aún, le respondió:

—¿Quién eres y de dónde sales? ¿Cómo estás en estos sitios tan temprano?

El otro dijo:

—Mientras la gitana Grulí dormía, quise saber dónde iban los compañeros de Ricardo. Cuando vuelven, suelen traer objetos y hermosos vestidos, pero muchas veces esos vestidos tienen manchas de sangre, y esto me causa miedo... Me escapé y anduve por oscuros pasadizos de la caverna hasta llegar a este lugar maravilloso.

El pastorcito, al oír tal relato, adivinó de dónde salió el niño. Sintió profunda compasión, y, alzando a Enrique en brazos juntamente con el cordero, echó a correr velozmente.

VI

El padre Ambrosio

El pastorcito con su doble carga corría a más no poder.

Se detuvo en la falda de una montaña junto a una cerca que rodeaba la ermita habitada por el padre Ambrosio, virtuoso anciano, amado y respetado por los vecinos de aquellos lugares.

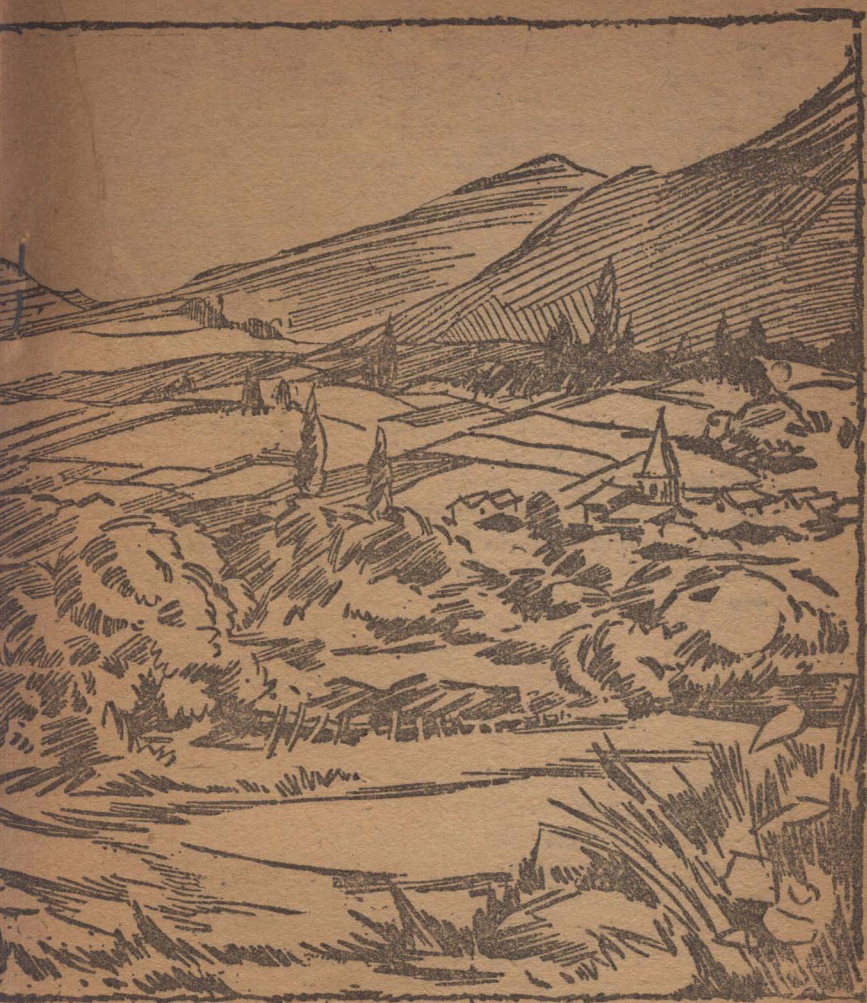
El terreno del padre Ambrosio estaba esmeradamente cultivado. Había un gran jardín con preciosas flores, legumbres, árboles frutales, viña y un trigal. En medio de todo esto se levantaba una



La gitana corrió al bosque.



El niño quedó deslumbrado a



e la intensa claridad del día.

pequeña cabaña construída con troncos de árboles y adobe, resguardada del viento y del sol por el follaje de varios manzanos y nogales. Al extremo de jardín se elevaba una capillita.

En ese momento, el padre Ambrosio leía un libro de oraciones. Acogió amablemente al pastor, y luego de escuchar su relato, le dijo:

—Hijo mío, has realizado una buena acción al socorrer a uno más desventurado que tú. Este inocente niño estará aquí seguro. Yo haré las veces de sus padres hasta que pueda encontrarlos. Te recomiendo que no digas a nadie lo que ha ocurrido, porque puede llegar a oídos de los bandidos.

El noble ermitaño tomó a Enrique en sus brazos, y, seguido del pastor, llevólos a la cabaña y sirvióles leche y pan.

Concluída la merienda, el pastorcito se despidió, pero Enrique no quería dejarle partir, y sólo consintió en ello cuando le prometió que volvería el mismo día, y le dejó el cordero para que jugase con él.

VII

Enrique comienza a instruirse

Cuando el ermitaño y el niño quedaron solos, aquél le preguntó:

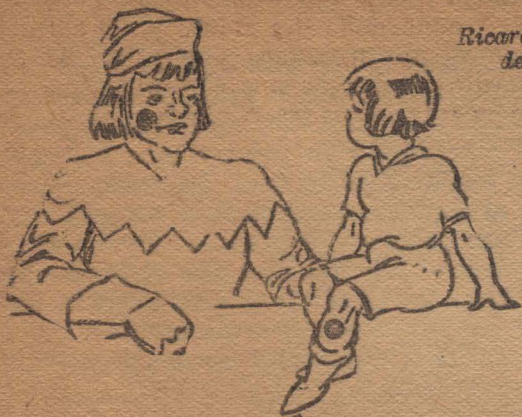
—¿Te acuerdas de tus padres?

—Conozco a mamá.

—¿Dónde está?

—Aquí.

Y el niño mostró su medallón, cuya preciosa miniatura reproducía fielmente el rostro de la condesa



*Ricardo era amigo
de Enrique*

El anciano pensó que con ello no sería muy difícil encontrar a los padres del niño.

Enrique pasaba de una sorpresa a otra.

Llegada la hora de comer, el ermitaño sacó de su cabaña una mesita y puso sobre ella leche, manteca, miel, legumbres, frutas, pan y un vaso de vino.

Enrique comió con buen apetito.

—¡Qué rico todo lo que he comido! ¡Tú haces estas ciruelas?

—Yo no tengo las ciruelas, hijo mío, ni los árboles, ni las flores. ¿Ves aquel árbol? Es un ciruelo, cuyos frutos acabas de comer. Arriba de tu cabeza tienes un manzano, pero sus frutos están verdes aún; después, el sol los hará madurar.

—Y el pan, ¿nace de los árboles?

—No. El pan se hace del trigo. Ven y te enseñaré.

El ermitaño llevó al niño donde estaba el trigo, tomó unos granos y explicóle que con éstos, redu-

cidos a polvo, se forma la harina, y de la harina, el pan.

—¿Y la manteca? ¿Y la leche? ¿Y la miel?

—La manteca se hace de la leche, y la leche se saca de la vaca, y la vaca vive mediante el pasto que come. De modo que lo primero que hay que cuidar es el alimento de la vaca. La vaca es más grande que el cordero, como podrás ver allá —y señaló una que pacía en el prado—. Pero —prosiguió el anciano—, los árboles a más de fruta dan también madera, que es con lo que está construída esta mesa y ese banco en que estás sentado.

El niño admirábase de tales cosas que apenas lograba comprender.

VIII

El agua

El ermitaño fué con Enrique a dar un paseo por el jardín.

El sol descendía en el lejano horizonte.

Tomó el padre Ambrosio una regadera y la llevó en una fuente que manaba de una peña a la entrada del jardín.

—¿Cómo corre el agua! ¿No temes que se acabe?

—Esta agua nunca se acaba, porque esta fuente se alimenta del lago que ves allá al pie de la montaña.

Enrique había creído que el lago era un gran espejo.

El ermitaño comenzó a regar unas flores.

—¿Cómo! —exclamó Enrique—. ¿No temes quitarles el color? Cuando yo hacía flores, el agua les quitaba el color.

El pastorcito lo contemplaba...



—Estas flores son naturales y el agua las beneficia.

—¿Subes también a la montaña para regar aquellos árboles?

—No. A los árboles los riega la lluvia.

Precisamente, en aque momento, algunas nubes empezaban a cubrir el cielo, y no tardó en caer una fina llovizna que obligó a ambos a refugiarse en la cabaña, desde donde el niño contemplaba el magnífico espectáculo de la lluvia.

—¡Qué felicidad para tí! —exclamó Enrique—. La lluvia te ahorra el trabajo de regar.

El resto del día pasó veloz para el niño. Cada cosa que descubría era un nuevo placer. Vió mariposas, y creyó que eran flores que volaban. Observó un escarabajo que trepaba por un rosal. Admiró las gotas de agua que la lluvia había suspendido en las hojas.

—¡Oh! —exclamó de pronto el niño, señalando el sol que se perdía tras el confín lejano.—. ¡La lámpara del cielo se va a ocultar y no alumbrará más las bellezas de tu jardín!

—Es la ley de la naturaleza, hijo mío —explicó el padre Ambrosio—. El sol volverá a salir mañana por donde lo viste salir hoy, y recorrerá el mismo camino por el cielo. El sol se oculta todos los días para hacer la noche, y la noche se hace para el sueño y el reposo del cuerpo y del espíritu. ¡Demos gracias a Dios que nos ha deparado el día para el trabajo y la noche para el descanso.

IX

La noche

A la débil luz del crepúsculo, Enrique podía admirar aún el cuadro encantador de la extensa campiña.

Hizo entrar el ermitaño a su protegido en la cabaña, y tomaron ambos un ligero refrigerio a la luz de una lámpara.

Terminada la modesta cena, el niño expresó deseos de respirar el aire fresco de la noche.

Al salir afuera, no pudo contener una exclamación de sorpresa al contemplar el maravilloso es-



*El padre Ambrosio,
virtuoso anciano...*

pectáculo de aquella noche de verano. Millones de estrellas titilaban en la inmensa bóveda del cielo. La Vía Láctea esplendía su ancha faja de luz. La luna bañaba de resplandor plateado el paisaje. Había calma y silencio profundos. Todo predisponía a la meditación.

Invadido por un sentimiento desconocido, Enrique exclamó:

—¡Padre Ambrosio, nunca soñé con esta maravilla!

El ermitaño y el niño sentáronse bajo el manzano. Pudieron contemplar entonces el lago cercano, cuyas aguas, como resplandeciente cristal, reflejaban la luna y las estrellas que brillaban en el firmamento. Un ruiseñor dejó oír su armonioso trino.

El anciano y el niño guardaban silencio.

X

Dios

Enrique interrumpió de pronto:

—¿Quién ha hecho el cielo? ¿Quién ha puesto en él la luna y las estrellas? ¿Quién maneja el sol? ¿Quién pone el agua de la fuente? ¿Quién hace germinar las semillas? ¿Quién hace llover? ¿Quién ha creado toda esta magnificencia de la naturaleza que nos rodea?

—Hijo mío —respondió el ermitaño,— toda esta esplendidez, que tanto admiras y que sirve al hombre para vivir y llenar sus necesidades, nos demuestra que existe un Ser Supremo, creador de todo lo creado. Ese Todopoderoso es Dios, hijo mío. El ha creado el sol, la luna, las estrellas, la noche, el día, y en fin, el universo entero. El es quien ha creado al hombre a semejanza suya.

Enrique juntó sus manecitas y musitó con unción:

—¡Jesús mío! ¡Devuelve a mi noble protector todo el bien que me ha hecho!

Era ya hora de descansar. El anciano condujo al niño a la cabaña, y ambos, muy pronto, se entregaron a un tranquilo sueño.

XI

La antigua niñera

El tiempo transcurría apaciblemente. El buen anciano instruía a Enrique de continuo y le enseñaba a leer y a escribir. Habíale cobrado profundo afecto.



Se levantaba una pequeña cabaña

Un día le anunció que lo llevaría a casa de Tomás, padre del pastorcillo que lo había llevado a la ermita. El niño se alegró mucho con la noticia.

El viejo Tomás era un honrado campesino a quien el padre Ambrosio confiaría el niño por un tiempo, mientras él indagaría acerca de los padres de Enrique.

Una vez llegados a la cabaña del buen Tomás, quedó Enrique a su custodia, y partió el padre Ambrosio hacia los pueblos cercanos, a cuyas autoridades refería la historia del niño y mostraba el retrato de la condesa puesto en el medallón, pero sin buen resultado.

Cierta tarde llegó el padre Ambrosio a una pequeña villa, situada cerca de Eichenfels. El alcalde de la villa le pudo informar acerca de la antigua niñera Margarita, de quien sabía que estaba empleada con un labrador que vivía precisamente muy cerca de la casa de Tomás.

Apresuróse el padre Ambrosio en recoger a Enrique, y ambos se pusieron en camino a la casa del labrador donde estaba empleada Margarita.

Cuando poco les faltaba para llegar, detuvieron en un valle donde pastaba tranquilamente un rebaño de ovejas. Su pastor era una muchacha vestida de blanco, y de dulce fisonomía.

El anciano pensó que esa muchacha debía de ser la que buscaba. Acercóse a ella y le hizo algunas preguntas, y no dudó más. Sacó el medallón y le dijo:

—¿Conoces este retrato?

—¡Jesús mío! ¡Es el de mi ama, la condesa Adelaida, madre de Enrique!

El niño acudió al oír su nombre. Su antigua niñera adivinó súbitamente quién era el niño y exclamó:

—¡Dios es misericordioso! —y alzó a Enrique en sus brazos cubriéndole de besos.

Consoló el anciano a la antigua niñera, y los tres en seguida, se pusieron en camino al castillo de Eichenfels, para lo cual el padre Ambrosio alquiló un viejo carruaje.

XII

El camino

Durante el viaje, Enrique formulaba mil preguntas, contemplando alborozado cuanto veían sus ojos: iglesias, poblaciones, cabañas, castillos. En los momentos de descanso, Margarita le hablaba de la bondad y hermosura de la condesa y de la noble prestancia de su padre.

En la noche del tercer día, en circunstancias en que el carruaje atravesaba un extenso bosque, comenzó a llover a torrentes y desencadenóse un furioso huracán. El camino se puso intransitable, y



El cuadro encantador..

los exhaustos caballos del coche apenas pudieron llegar a un mesón que estaba a poca distancia de allí.

Los viajeros fueron atendidos debidamente por el mesonero. Comieron con los demás huéspedes, y una vez terminada la cena, el padre Ambrosio aconsejó a todos que fueran a sus habitaciones a descansar, mientras él quedaba un momento en el comedor para entregarse a sus oraciones.

De pronto, el silencio fué interrumpido por fuertes e inusitados golpes dados en la puerta del mesón.

Todos los huéspedes despertaron sobresaltados, se levantaron apresuradamente y se dirigieron al comedor.

Abrióse la puerta y presentáronse cuatro soldados armados de pies a cabeza.

Uno de ellos pidió al hospedero:

—Necesitamos varias habitaciones para nuestro señor y su comitiva.

—¿Cómo se llama vuestro señor? —interrumpió el padre Ambrosio.

—El conde Federico de Eichenfels. Ha estado mucho tiempo prisionero de los españoles; logró escapar, y vuelve a sus dominios después de terminar gloriosamente la guerra contra ellos.

El ermitaño no cupo en sí de gozo al oír tales palabras. ¡El conde Federico estaba a pocos pasos de su hijito raptado!

XIII

El padre y el hijo

Poco después, seguido de numerosos servidores, entró en el hospedaje el conde Federico de Eichenfels.

Alto, de recio y distinguido porte, el conde Federico de Eichenfels tenía maneras afables y atraía instantánea simpatía.

El padre Ambrosio adelantóse a recibirle, y le recordó que habían estado juntos en Metz. Luego le pidió permiso para acompañarlo a su habitación a fin de poder hablar a solas. Accedió gustoso el conde, y poco después refirió al ermitaño sucintamente su campaña guerrera. Por último le expresó:

—Hace poco he recibido una carta de la condesa en la que me manifestaba su incertidumbre acerca de la suerte que había corrido nuestro hijo Enrique después del rapto ocurrido hace seis años. ¿Dónde estará mi hijo? ¿Vivirá?

—Señor conde —dijo el padre Ambrosio—, yo podría darle buenas noticias.

—¿Conoce a mi hijo? ¿Lo ha visto? ¿Vive mi niño?

—Vive y goza de perfecta salud.

El conde experimentó extraordinaria alegría con tal noticia. El ermitaño le refirió entonces la historia del rapto del condesito, su vida en la cueva de los bandidos, su fuga, y por último, todo cuanto ocurriera en la cabaña a su lado. Al terminar, le

*Una muchacha vestida
de blanco...*



mostró el medallón con la miniatura de la condesa.

—¡Lo reconozco! —exclamó el conde—. ¡Pobre esposa mía! ¡Cuánto ha sufrido! Pero, ¿dónde está mi hijo? ¿Lo dejó en su cabaña? ¡Corramos a buscarlo!

—No es preciso ir tan lejos. Su hijo Enrique duerme tranquilamente en la habitación contigua bajo mi custodia.

El noble señor corrió a la pieza cercana y cubrió de besos a su hijo dormido. Este despertó, le echó los brazos al cuello y exclamó con dulzura:

—¡Querido papá, por fin te encuentro! Y mamá, ¿dónde está?

El conde tomó al niño en sus brazos, y ambos se entregaron a la más dulce y tierna expansión sentimental.

Volviéndose al ermitaño, le dijo el conde:

—¡Le soy deudor del cuerpo y del alma de mi hijo!

Al otro día, muy temprano, abandonaron el mesón y tomaron el camino de Eichenfels.

Margarita fué enviada adelante para preparar el estado de ánimo de la condesa Adelaida.

La condesa, al ver a Margarita y conocer lo ocurrido, sintióse desfallecer de alegría, pero consiguió dominar su emoción cuando apareció el padre Ambrosio.

¡Será necesario describir el intenso júbilo de los padres de Enrique y todos los pormenores de la llegada del niño al castillo de Eichenfels?

Enrique, con soltura y fácil palabra, refirió a sus padres toda su historia. Contó las notables lecciones recibidas del padre Ambrosio, lo que aprendió a su lado, la magnificencia de la naturaleza que empezaba a interpretarla, y alabó la inmensa abnegación e infinita sabiduría de su anciano maestro.

El conde dijo:

—¡Alabemos la gracia divina de Dios que expresa en la naturaleza y los seres su constante y eterna presencia!

La condesa Adelaida concluyó:

—El padre Ambrosio ha inculcado a nuestro hijo los sagrados principios de la religión cristiana. Para él, nuestro profundo agradecimiento.

XIV

Justicia bien repartida

El conde, enterado por Enrique y el padre Ambrosio del refugio de los bandidos, mandó a sus guardias para que los prendiesen y entregasen a la justicia.

Pocos días después, los ladrones fueron saca-



Adelantóse a recibirlo..

dos de la cueva, seguidos de varios carros llenos de cofres en los que había grandes cantidades de ropas, joyas y dinero.

Entregados a la justicia, los ladrones y la gitana Grulí fueron condenados a trabajos forzados.

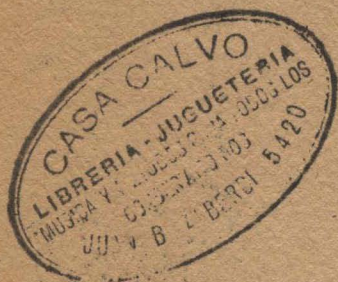
La niñera Margarita fué admitida nuevamente al servicio de los condes de Eichenfels. La triste experiencia sufrida por la joven, le fué provechosa, pues ganó otra vez, mediante su recta conducta, la antigua confianza de sus amos.

A ninguno olvidó el conde de recompensar sus buenas acciones: al pastorcito que llevó a Enrique a la ermita, al viejo Tomás, y, en fin, a todos aquellos que se portaron bien.

Por insistentes pedidos del conde, el bondadoso padre Ambrosio accedió a permanecer en el castillo al lado de su bien amado discípulo, a fin de proseguir la educación de éste que con tan buenos auspicios había comenzado.

Prolongóse por muchos años la vida del padre Ambrosio, y la felicidad reinó en el castillo de Eichenfels.







EDITORIAL
TOR